

MARCOS GIRALT TORRENTE

Mudar de piel



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Lucía y yo
Rendijas, islas
Abrir ventanas
Un refugio imprevisto
Sombras que reverberan
Traición
Mudar de piel
Preserva mejor el recuerdo
Baker y margaritas
Nota
Créditos

Nuestra culpa tiene una utilidad: justifica
muchas cosas en la vida de los otros.

MAX FRISCH, *Montauk*

LUCÍA Y YO

Yo era el mayor y, si bien lo era por muy poco, Lucía no cesaba de recordármelo. Parecía asumir que mi condición me otorgaba ventajas. *Eres el mayor, tú sabrás, decide tú*, me decía en cualquier encrucijada, cuando lo cierto es que solíamos hacer su voluntad. Compartíamos el recuerdo entablillado de una madre a quien apenas conocimos; vivíamos rodeados de robles y pinos en una hermosa casa a la que llamábamos *la fortaleza* y, aunque no quedaban lejos ni el pueblo donde asistíamos a clase ni el apeadero del tren que tomaba nuestro padre para desplazarse a la ciudad, nos complacía sentirnos aparte de todo. De un lado estábamos nosotros, y del otro, el mundo del cual participaban profesores y compañeros o las sucesivas empleadas domésticas que ejercían de centinelas.

Nuestro padre. ¿Qué lugar le reservábamos? Difícil determinarlo. Dentro y fuera, si se me permite la indefinición. El *nosotros* desde el que pensábamos lo incluía, pero se trataba de una conjugación impositiva, refutada por un *él* del cual, sin confesárnoslo, nos defendíamos. En realidad, no pasaba de ser una ajada camisa de fuerza con la que intentábamos preservarlo según nuestro deseo, retenerlo.

Los rigores del invierno empezaban a quedar atrás; una de las primeras mañanas propicias para ir caminando a clase. Principios o mediados de marzo. El paseo no era corto (dos kilómetros si atajábamos por la pista forestal), pero lo preferíamos. La alternativa en los meses de frío nos la brindaba la secretaria del instituto. Esperaba a la salida de la finca, y nos metíamos apresurados en su coche para no hablar de nada. En primavera y otoño era otra cosa: íbamos a nuestro aire, sin oídos amenazadores que registraran nuestros comentarios. No siempre manteníamos una conversación. A menudo guardábamos silencio, nos entreteníamos señalando los cambios que apreciábamos en el paisaje o jugábamos a aventurar hipótesis explicativas de cada suceso menor que se salía de la rutina, el ladrido de un perro, un furgón de reparto nunca visto, un avión en el cielo... Los reuníamos y tejamos una historia. La tejía Lucía, mejor dicho. La furgoneta no era de reparto sino del crematorio que recogía los animales sacrificados en el veterinario, el perro era un cachorro y ladraba porque se había quedado solo, en el avión viajaba su

dueño... Mi papel consistía en contener su imaginación, poner objeciones, forzarla a someterse a cierta verosimilitud.

El mismo cometido cumplía cuando nuestro padre ocupaba el centro de la diana. Aquella mañana discutíamos el porqué de que la noche anterior se hubiera quedado en Madrid, donde disponía de un apartamento en el que dormía cuando sus compromisos le impedían alcanzar el último tren.

–Creo que es una alumna –dijo Lucía.

–Ni siquiera estamos seguros de que exista y tú ya sabes que es una alumna.

–Claro que existe. Tú no hablaste con él por teléfono.

–¿Qué te dijo?

–Ya te lo he dicho: que se había entretenido y que, como tenía una reunión de departamento por la mañana temprano, le era más cómodo quedarse allí.

–No es tan raro. Lo sospechoso habría sido que te dijera que había perdido el tren...

–Pero le tembló la voz.

–Porque suponía que te sentaría mal.

–No era ese tipo de temblor.

–¿No? ¿Cómo era?

–Nervioso. Como si estuviera mintiendo.

–Todos los temblores son nerviosos.

–Si lo de la reunión fuera verdad, me habría tanteado antes de decidirse y, en caso de notarme contrariada, se habría ofrecido a venir...

–Tendría prisa.

–¿Por qué te empeñas en contradecirme? Sabes que pocas veces me equivoco.

Así era: Lucía se equivocaba raramente. Volvería a insistir, siempre lo hacía, pero ahora escogió callar. Nos sumergimos en un largo silencio, hasta que pasó a enumerar los árboles que habían salido maltrechos del invierno. Se dolía por ellos, maldecía el descuido, la maleza que nadie desbrozaba. No mencionaba, en cambio, los descesos. Reteníamos en la memoria los ejemplares que habían afrontado enfermos el otoño anterior, pero si un tronco ya seco se nos presentaba ante los ojos, proseguía el cómputo de los amenazados. Señalarlo le parecía una llamada a que el mal se extendiera. Yo había interiorizado su superstición hasta compartirla. Los desacuerdos entre nosotros aparecían al debatir, como consecuencia de mi referida labor de contención, pero si se trataba de actuar, no nos permitíamos la divergencia.

Enfilábamos el último trecho del camino: tras abandonar el bosque, restaba cruzar un prado y entrar en el pueblo, que ya asomaba al fondo del valle.

—¿Y lo de que sea una alumna? —pregunté.

—Por el secreto. De otras nos habló anticipadamente.

—No es verdad.

Noté el efecto que mi réplica causaba en Lucía y me arrepentí.

—Ella no cuenta, nos equivocamos. Nos pilló por sorpresa. Me refiero a las que vinieron después.

—Eva la Castafiore.

—Eva la sabelotodo.

—Eva la finolis.

—Eva lágrima suelta.

—Eva qué bonito es todo.

—Eva la taladradora.

Lucía recitó conmigo, como si efectivamente hubiera acusado mi alusión a la única Eva a la que habíamos despojado del apodo. Evitábamos nombrarla: otro tabú. Había sido la primera, nuestro padre tardó en presentárnosla, y desde que la conocimos, se había estrellado contra nuestra animadversión. Intentó conquistarnos durante un tiempo, pero al final no lo soportó. Fueron sus sucesoras quienes nos hicieron reparar, ya tarde, en nuestro error. Justa o injustamente, la convertimos en el rasero para juzgarlas. Y siempre perdían. No nos había incordiado con prematuras complicidades, no había intentado apartar a nuestro padre de *la fortaleza*. Un muerto es un rival imbatible (¡cómo lo sabíamos!), y ella no estaba muerta pero pertenecía al pasado. Y sufríamos de una ulcerada culpa. Había procedido con discreción, animada por el propósito de que su rectitud fuera apreciada. Lo tenía fácil: era lo suficientemente joven para conocer nuestro lenguaje. Pero esa ventaja la había hecho también vulnerable. Lucía no la había considerado tanto una rival de mamá como de sí misma. Esto último es solo una elucubración. Aunque en ocasiones pareciera que pensábamos con la misma cabeza, existían debilidades que no nos mostrábamos. Incluso en los sobrentendidos, yo siempre iba a la zaga. ¿Cómo interpretar, no obstante, que, de las sucesoras de la Eva perdida, la única a quien Lucía consideró fugazmente fuera la más opuesta a ella misma y al recuerdo idealizado de nuestra madre? Movimiento de péndulo, diría, y un fallido intento de refutar el duelo por la Eva primigenia. Una estridente organizadora de congresos, aficionada a pintarse las uñas en el salón, de ningún modo podía ser rival para ella.

Pero eso había sido tiempo atrás, y la Lucía que caminaba ahora

observando la pradera tras la cual se vislumbraban los primeros solares del pueblo parecía presa de otras preocupaciones.

—A todas las demás nos las presentó enseguida. Se ha impuesto ser claro, transparente. El secreto no le pega.

—Espera a esta noche. Quizá la traiga a casa.

Lucía no quería atenderme.

—Hace unos días estábamos viendo una película en el salón y, al descubrir que asomaba un papelito de su bolsillo, se lo quité y luego lo rompí. Era un número de teléfono: Vanesa.

—¿Vanesa? —exclamé, sarcástico—. Es imposible. Te lo inventas.

—¿Por qué te ríes?

—¿Cómo que por qué? Creo que si Mankiewicz viviera en España y hubiera rodado hoy en día *Eva al desnudo* le habría puesto *Vanesa al desnudo*.

—Eva es perfecto. No hay otro. Un nombre virtuoso, evocador de una pureza que, como la del personaje de la película, esconde una manzana amarga.

—Hablabas de una versión cañí de Eva, no bíblica. ¿A cuántas Vanesas conoces?

—No está tan mal el nombre, eres un prejuicioso. Y un clasista.

Eva al desnudo, en la que una aspirante a actriz se gana el corazón de una estrella teatral y la traiciona sistemáticamente hasta lograr desbancarla, era una de las películas favoritas de Lucía, y el personaje de Eva, la más temible representación, por secreta y perversa, del mal que nos obsesionaba. De ahí que llamásemos Eva a todas las pretendientas de nuestro padre. *La Castafiore* tenía un cuerpo opulento y una bonita voz, pero seguro que hacía acopio de gritos reprimidos; *la sabelotodo* hervía de bienintencionadas teorías, pero seguro que nos reservaba una letal que formularía cuando le conviniera pasar al ataque; *la finolis* dejaría atrás sus suaves formas el día en que pisara sobre seguro; *lágrima suelta* se vengaría de todas las lágrimas derramadas; *qué bonito es todo* no tardaría en redecorar *la fortaleza* con cortinas y candelabros; *la taladradora* nos agujerearía el oído hasta anular nuestra voluntad...

—De todas formas —reflexioné, ante el escaso éxito de mi broma acerca del nombre de Vanesa—, si llevaba el papel tan descuidadamente en el bolsillo, es señal de que no le importaba. Casi seguro que lo olvidó. De haber querido usarlo, lo habría guardado en la cartera.

—Pero lo echará de menos y pensará que hemos sido nosotros.

Me sorprendieron los escrúpulos de Lucía. En el historial de discretos sabotadores de la vida sentimental de nuestro padre, osten-

tábamos faltas peores: deliberados olvidos de recados, críticas veladas que él no dejaría de rumiar y tal vez compartir, comentarios en clave privada que las dejaban fuera de juego, hoscas negativas a integrarnos en remedos de planes familiares, evocaciones intempestivas de nuestra madre y un largo etcétera de interferencias que, si bien no muy graves, a veces nos habían llevado a preguntarnos si nos retrataban. Se daba la circunstancia, además, de que al haber sido yo por lo general el portavoz y Lucía la inspiradora (*eres el mayor, decide tú*), los principales remordimientos hacían saña en mí.

—Salía de su bolsillo. Tú solo tiraste un poquito.

Transitábamos ya por el pueblo, faltaba alcanzar la última esquina de la calle principal, doblarla, y tendríamos el instituto a la vista. Lucía no contestó y pregunté:

—¿Y por qué no me lo contaste antes?

—Fue una tontería —respondió de corrido—. No sabía que era un teléfono. Sentí curiosidad, tiré del papel y, cuando me di cuenta, ya era tarde para devolvérselo.

—Podías haberlo dejado en el sofá. No tenías por qué romperlo.

Me daba igual que lo hubiera hecho. Lucía lo sabía, pero aun así fue un comentario desafortunado. Intentaba ponerla ante su contradicción con el objetivo de diluir su culpa a base de desacralizarla, y ella respondió bajando la vista y guardando silencio hasta que nos sumimos en el bullicioso gentío que aguardaba la apertura de las puertas del instituto. Allí la perdí. En el recinto académico acostumbrábamos a mantener vidas separadas: no nos juntábamos en el recreo ni conversábamos en los pasillos. Era un tanto antinatural, pues, matriculados en cursos consecutivos, nuestras aulas eran vecinas, pero así lo habíamos convenido años antes, después de que en el colegio una psicóloga hubiera alertado sobre nuestro excesivo vínculo. Se trataba de una medida profiláctica destinada a protegernos de intromisiones. Ya era bastante con no salir apenas de *la fortaleza* y no traer invitados. Yo me había convertido, así, en un *outsider* que se refugiaba en la lectura para cobrarse la libertad de no socializar. Lucía, mientras, señoreaba una colmena de greñudas insulsas entre las que reinaba como abeja mayor, agradecidas sus acólitas de contar con alguien que, por su delicada pero evidente estrella, se habría alzado con facilidad hasta colmenas mejores.

Mi primera clase era de literatura. El profesor, un antiguo seminarista de zapatones y perilla por quien sentía una ternura condescendiente desde el día en que, al descubrirme leyendo *Música para camaleones*, demostró no conocer a Truman Capote. En lugar de guardarme rencor, se había aplicado y a partir de entonces dedica-

ba una clase semanal a libros que consideraba modernos, como *Por quién doblan las campanas* o *El filo de la navaja*. Esa mañana tocaba *El señor de las moscas*, y, previendo que requeriría mi opinión, busqué asiento en un lateral de la segunda fila, un emplazamiento que, sin desvelar desinterés, me resguardaba de miradas directas. Sostenía en las rodillas *Trastorno*, de Thomas Bernhard, pero, desconcentrado, apenas lo abrí.

Mejor me fue en matemáticas. El profesor (pelo cortado a cepillo, espalda encorvada) traía sus propias tizas antipolvo para no mancharse y pasaba casi toda la hora escribiendo en el encerado sin quitarse el loden o la cazadora de gabardina con los que se abrighaba según la estación. Solo de vez en cuando se apartaba unos pasos, miraba de soslayo a uno de nosotros y lo taladraba con alguna pregunta.

Llevaba ya dos lecturas de *Trastorno* y no me cansaba. Se la había recomendado a Lucía al mismo tiempo que *Lolita*, pero, así como había demostrado su fascinación inmediata por la novela de Nabokov, su rechazo de *Trastorno* había sido bronco. Nunca logré entenderlo: la meticulosa obsesión, el desprecio del mundo y el castillo del príncipe Sarouau nos representaban mejor que cualquier novela de las que éramos fanáticos (cuánto Huysmans, cuánto Von Kleist, cuánto Poe...). *Lolita* también era oscura, pero no dejaba de ser una historia de amor, y, aunque resentida con razón, Lolita acababa resignada a su miserable destino.

Como cada día, la clase de inglés se vino abajo en cuanto la profesora, una norteamericana treintañera, sacó de su bolso el despertador amarillo con el que controlaba el tiempo y lo colocó sobre el marco de la pizarra. Tras tan excéntrica entrada resultaba lógico que los alborotadores impusieran su desgobierno. En el guirigay resultante no me habría sido difícil distraerme con la lectura, pero como la desgraciada era la profesora preferida de Lucía, me obligaba a atender para facilitarle un anclaje donde fondear su desesperación.

En el recreo busqué a Lucía. La observé de lejos. Estaba en una esquina oculta del vallado, fumando un cigarrillo compartido con su caterva de adolescentes inseguras. Me pareció ceñuda y algo ausente. No volví a verla hasta la salida, dos horas de física e historia después. Prefería regresar a casa en coche, me dijo, había avisado ya a la secretaria. Ahora sonreía y rozó mi mejilla con un beso. Lo normal habría sido plegarme a sus deseos, pero no fue explícita en incluirme y opté por caminar. Actué dolido, y no obstante me pareció bueno darle ese espacio y ese tiempo, y dárme los de paso a mí.

Era estimulante disfrutar de la soledad al aire libre, de la brisa de

la tarde meciendo las ramas jóvenes de los árboles, enfriando mi rostro y, allí donde la luz traspasaba con vigor suficiente la hojarasca, inundando de sombras móviles el suelo. Aún no había flores, solo diminutas margaritas en el mantillo sobre el que crecían los árboles. Intentaba no pensar en nada, pero no podía. Algo me intrigaba del diálogo mantenido por la mañana en ese mismo escenario: una extraña inversión de papeles. A mí me habría correspondido defender el nombre de Vanesa, introducir un razonable realismo, y Lucía me había usurpado la misión dejando en mis manos su natural incisivo. Era fatigoso ir a su zaga para intentar anticiparme. Por lo general, ya lo he señalado, estábamos tan compenetrados que parecíamos obedecer al mismo cerebro. Sin embargo, el esfuerzo era mío, ella solo lo instigaba, y si, como en esa mañana, los reflejos me fallaban, se creaba un muro de distancia. Ahora me tocaba salvarlo, y tenía que ser por la vía correcta. Debía agazaparme con los ojos abiertos, en ningún caso tomar la iniciativa. Caminaba deprisa: sin apartar la vista de mis pies y de la arena oscura del camino, para no tropezar; fijándome en las raíces que afloraban del suelo, en los pequeños orificios abiertos por los gusanos, en los escarabajos y en los muchos insectos de los que desconocía el nombre. Tenía hambre pero me animaba imaginar la comida. No esperábamos a nuestro padre hasta última hora, sería entonces cuando Lucía y yo nos esforzaríamos en retener cada dato que él descuidara. Por el momento anhelaba una tarde tranquila, los dos tumbados en el salón, leyendo o viendo una película, comentándola, imaginando giros imprevistos de los personajes... Qué equivocado. Había salido a la carretera para alcanzar la entrada a *la fortaleza* y, al levantar la vista para cruzar, vi la cancela abierta y, varios metros dentro de la finca, bajo la parra del aparcamiento, un coche con la puerta abierta y, al lado, una figura femenina. Sus rasgos desvaídos se definieron al acercarme. Alta, moño castaño con dos mechones sueltos, piernas largas tapadas hasta la mitad del muslo por un corto abrigo color burdeos, botines, medias marrones... Fumaba, se dio la vuelta al sentir mis pasos y me recibió con una sonrisa. No era una nínfula: en lo de estudiante, Lucía había fallado. Treinta avanzados o quizá ya cuarenta. Frente amplia, rostro ovalado, labios finos, pómulos bruñidos en los que se insinuaba el bulto del hueso, ojos ligeramente separados, francos aunque tímidos; de parpadeo frecuente. Si hubiera que reducirla a un estereotipo femenino recurriría al renacentista de los pintores florentinos, solo que de una belleza ya no lozana sino decaída. Consciente de que no le restaba tanto para volverse invisible pero grácil y aparentemente alegre, a pesar de sí misma y de la

recatada humildad con que su conciencia del paso del tiempo parecía boicotearla: chaleco de punto debajo del abrigo y blusa abierta lo justo. Ahora había tirado el cigarrillo y lo restregaba con el pie, como pillada en falta. Me saludó con un *hola* balbuciente y, al responderle con la misma taimada premura, entre un movimiento y otro de sus pestañas creí advertir en uno de sus ojos un leve estrabismo que, si mi percepción era correcta, tal vez era el origen de su evidente fragilidad.

Me crucé con mi padre en el sendero de la casa. Nervioso, apresurado, no acertó a disimular su contrariedad al verme. Como si le pesara, cuando se creía a salvo, repetir las explicaciones que seguramente ya habría dado a Lucía. Otro fallo de mi hermana: su nombre no era Vanesa sino Clara, Clara Hamilton. La de la nota escamoteada sería otra. Clara se había ofrecido a traerlo a casa, me dijo, y como no había comida preparada para ellos, iban a un restaurante y luego darían un paseo por el campo.

Lucía estaba en el salón, con las piernas tendidas en diagonal sobre la mesa auxiliar donde reposaban los restos de su almuerzo. Miraba una película en blanco y negro en la que salía Bette Davis. Durante un segundo pensé: «Otra vez *Eva al desnudo*.» Y enseguida, corrigiéndome: «No, otra vez *¿Qué fue de Baby Jane?*» La claustrofóbica historia de la loca que, trastornada por una culpa que al final se revela inmerecida, atormenta y manipula a su hermana paralítica. *¿Entonces todos estos años podríamos haber sido amigas?*, le pregunta al conocer la verdad. Solíamos ponerla en ocasiones de exaltada complicidad. Nos daba pie a jugar con imágenes distorsionadas preguntándonos quién de nosotros era (o sería) Jane y quién era (o sería) Blanche. Las sinuosidades a que el juego daba lugar, los mudables espejos y las veladas acusaciones recíprocas, exigían de ligereza y de ninguna soterrada tensión, cosa que, temía, no era el caso.

—La he visto.

Lucía no disimuló su sorpresa, apartó la vista de la pantalla y me miró impaciente.

—Lo estaba esperando en el aparcamiento. Y te has equivocado en todo. Ni es una estudiante ni se llama Vanesa.

—Pero es. Existe. En eso no me he equivocado.

No se defendía. Lo dijo con un deje cómplice a la vez que reivindicativo.

—Y papá tampoco ha mantenido el secreto.

Lucía, que había detenido la película con el mando a distancia, desoyó mi último comentario mientras silenciaba el programa de

variedades que de pronto irrumpió en la pantalla. Después, me pidió detalles y se los di: las medias, el cigarrillo, la mirada cándida pero risueña... Terminé refiriéndole el encuentro con nuestro padre y sus perezosas explicaciones. Entre tanto, la sirvienta (nueva y, como sus predecesoras, quejosa de la casa tan aislada) retiró su servicio de comida y lo reemplazó por otro para mí.

—Come —dijo Lucía. Esperó a que acomodara la bandeja sobre mis rodillas, a que me llevara a la boca el primer bocado, y atacó—: Te ha gustado.

—La he visto un segundo, no puedo decírtelo.

—*Eva la frágil cándida.*

—Es pronto para bautizarla. Tal vez no llegue a nada. O a lo mejor nos sorprende.

—Y si son tantas sus virtudes, ¿por qué no tiene marido y unos hijos tan estupendos como ella?

—En serio, Lucía, apenas la he visto. No sé cómo es.

—Quizá nadie ha querido tenerla a su lado. El exceso de delicadeza cansa. Y perturba. Una mujer sensible, vulnerable, que se entrega sin cortapisas, es mucha responsabilidad y la responsabilidad da miedo.

No contesté. Lucía hablaba sin sentir lo que decía, como si recitara el diálogo de una novela. Los dos hablábamos un poco así, impostadamente. Era nuestro juego. Pasábamos tanto tiempo juntos que suplíamos la ausencia de otras influencias con un lenguaje hipertrofiado de ficción. Ensayábamos cómo ser de adultos con urdimbres más estéticas que reales, y desde luego no había nada más estético que la decadencia. Por eso nuestros héroes habitaban novelas y películas especulares. *Grupo salvaje*, *El jardín de los Finzi-Contini*, *El gatopardo*, *El desencanto*; cualquier género valía si describía un mundo a punto del derrumbe y a unos personajes que preferían extinguirse antes que aceptar el cambio y salvarse. Pero así como yo era capaz de apartarme ileso del juego, Lucía no se desbarazaba tan fácilmente de su papel y a menudo lo utilizaba como una máscara para ocultar sus emociones.

—¿Y qué es? ¿Profesora? No creo. Estaría más curtida. Es un trabajo duro.

—No he dicho que no esté curtida. Le pega trabajar en una galería o en una revista de moda...

—Desde luego no de redactora jefe —me cortó Lucía—. Ni como directora de la galería. Se necesita nervio.

—No creo que sea abogada ni ejecutiva. Ni funcionaria. Y tampo-

co científica ni técnica de nada. Podría ser decoradora. O tener un negocio propio: hacer ropa, joyas...

–Una empresa de catering no. Demasiado ajetreo.

Lucía había intentado sonar festiva en la ironía y lo tomé por una buena señal.

–O traductora literaria.

–Un trabajo que haga en casa y a su ritmo.

–O gestora cultural. Coordinadora en una fundación o en un museo... Algo que le gusta y que hace bien. Pero se ha acomodado. Parece austera.

–Me está empezando a dar pena.

–No seas idiota.

–¿Y el apellido Hamilton? Un apellido como ese en una familia española significa un antepasado que vino a hacer dinero e hizo el suficiente para quedarse.

–Si es así, no les queda tanto. Rescoldos. Una casa familiar confortablemente burguesa, un padre solvente y protector, alguna renta...

–A eso me refería: pocos apremios. Esa parece ser la clave de su personalidad, junto al estrabismo.

–¿No te parece que deduces demasiado?

–Solo especulo. ¿Por qué te molesta?

–No me molesta. Pero tenemos muy pocos datos. Es como lo del marido y los hijos tan estupendos..., no podemos saber si los tiene o no.

–Marido no, estoy segura. E hijos en plural tampoco. En todo caso uno pequeño, de dos o tres años. Quería ser madre y lo tuvo con el primero que se puso a tiro cuando empezó a acuciarla la edad.

–Y, claro, él no se ha responsabilizado –imité su modo de razonar–. O lo hace de manera ocasional y ella lo saca adelante con sacrificios.

–No sé si con sacrificios. Con absoluta entrega sí.

–¿Y dónde está el niño ahora? Debería estar yendo a recogerlo a la guardería.

–Con los abuelos. O con su padre. Cuando dije que lo tuvo con el primero que se puso a tiro, no pensaba en un hombre casado ni en un ligue de bar. Quien fuera, tuvo que durarle. Un noviete con el que se acostara al menos media docena de veces.

–Y que salió huyendo cuando ella se despistó. Porque fue un despiste, ¿no? Él no quería ser padre.

Lucía me desconcertaba, en especial el frío desparpajo con el que había trazado un retrato de *Eva la frágil cándida*, aunque estereoti-

pado, verosímil. Y, sin embargo, como ese mismo apodo, tampoco era exactamente peyorativo. Su asunción de que Clara Hamilton me había gustado resultaba rara. Pensé en sus remordimientos matinales a propósito de la nota extraída del bolsillo de nuestro padre y repasé, por si me daban alguna clave, las películas que habíamos visto en los últimos días por iniciativa suya: *La noche del cazador*, *El regreso de la mujer pantera*, *Rebeca*, *Jane Eyre*... Jóvenes solitarias, torreones, hermanos: nada diferente de nuestro alimento habitual. Para acompañar su lectura de la novela también habíamos visto la *Lolita* de Kubrick, pero definitivamente no parecía que Lolita estuviera detrás de su actitud.

—Algo así. Se asustó o se sintió traicionado y rompió la relación. Pero no se ha quitado de en medio, hace lo que puede. Hay cientos de hombres así: inmaduros a los que la paternidad ha sorprendido instalados aún en la cómoda provisionalidad de la adolescencia, artistas de tres al cuarto, bohemios...

—Me asombras, Lucía.

—Seguro que *Eva la frágil cándida* tenía uno. Un buen chico. Fotógrafo, diseñador o viajero profesional. No me digas que no le pega.

—Ya, y quiso atarlo y le jodió la vida.

—No quiero decir eso, a lo mejor él cedió en un momento de debilidad. Lo importante es que ya no está. A veces se presta a encargarse de su hijo, o se lo lleva esporádicamente de fin de semana, pero luego desaparece por temporadas mientras mitiga su culpa diciéndose que los niños son de sus madres y que ya habrá tiempo, cuando el suyo crezca, de que entablen una relación.

Lucía acertó en lo fundamental acerca de Clara Hamilton. Tanto que en un primer momento llegué a sospechar que la había visto antes que yo o al menos se había informado y había representado ante mí una comedia. Pero ¿con qué fin? No. Demasiado rocambolesco. Había acertado, eso era todo, y, conociéndola, no cabía maravillarse. Y tampoco de la cálida acogida que inesperadamente le brindó. Como si hubiera aguardado la llegada de alguien como ella, como si el especulativo retrato que trazó ante mí hubiese sido una suerte de invocación, al poco de conocerla enterró el apodo de *Eva la frágil cándida* y empezó a mostrarse obsequiosa en grado sumo; dispuesta incluso a quedarse a cargo de su hijo las noches en que salía con nuestro padre. Yo compartía su predisposición favorable, pero no entendía sus prisas en dejar franca la entrada a *la fortaleza*. No pretendió hacerse íntima de la invasora, pues eran demasiado diferentes y la complicidad le habría requerido un fingimiento consi-

derable, pero trabajó a favor de ella evitando roces, ensalzándola cuando era necesario, y en el proceso nuestra unión se resintió. No es que me abandonara, tal cosa habría sido inconcebible, nos unían lazos difíciles de quebrantar. Fue algo más sutil: digamos que, coincidiendo con la llegada de Clara Hamilton, abrió una ventana hasta entonces cegada en el habitáculo de ficción construido entre los dos y permitió que se aventaran buena parte de nuestras viejas costumbres y manías. Proseguimos con los juegos fantasiosos camino del instituto, con el intercambio de libros y, si bien su temática varió, con el visionado de películas. Desaparecieron *Eva al desnudo*, *¿Qué fue de Baby Jane?* y los dramas góticos, pero, sobre todo, desaparecieron las menciones a nuestra madre así como las frases con que Lucía me exhortaba a actuar según sus deseos (*eres el mayor, tú sabrás, decide tú*). No eliminó las historias de héroes especulares, tal vez porque su ejemplo negativo reforzaba la empresa en la que andaba metida, pero, a cambio, se fajó en conquistar una repentina independencia. Dio de lado a las insulsas greñudas que habían sido sus marginales compañeras de recreo y, con la excusa de participar en un grupo de teatro, esa primavera se aficionó a quedarse por las tardes en el instituto y me dio carta blanca para regresar por mi cuenta a casa.

¿Por qué cambiamos? ¿En qué momento alguien cuyo desarrollo ha corrido paralelo al nuestro decide emanciparse y seguir su propio sendero? ¿Es necesario que ocurra algo o esa posibilidad acecha desde el comienzo y es el transcurrir del tiempo la espita que termina por detonarla?

Lucía y yo no habríamos podido seguir sin fricciones mucho más allá. A final de ese curso yo terminaría el instituto y accedería a estudiar una carrera que seguramente no sería la misma que ella elegiría un año después; como consecuencia de eso nos llegarían rutinas e influencias nuevas y aparecerían amigos que pugnarían por disolver nuestra unión tan extrema. Quienes han sufrido un trauma en la infancia tienden a construir muros para protegerse. Nosotros no habíamos sido distintos. Tras la muerte de nuestra madre, nos habíamos aferrado el uno al otro con el afán inútil de que nada se alterara. Pero hasta los muros más altos terminan por caer. Es posible apuntalarlos, aunque hacerlo va en contra de la naturaleza y propicia aberraciones que, siendo fértiles para la ficción, resultan desaconsejables cuando lo que se anhela es la felicidad. *¿Qué fue de Baby Jane?* es un ejemplo grotesco. Hay otros menos dolosos que actúan como cantos de sirena a edades como la que Lucía y yo teníamos. Lo cierto es que incluso el heroísmo mejor intencionado po-